

1969

Soy un animal políticón
Entrevista exclusiva a Santiago Álvarez

Mario Jacob

“En medio de Hanoi las bombas estaban cayendo y nosotros teníamos una discusión bajo el bombardeo porque él me estaba diciendo que un lente, y yo le decía que ese lente no, que iba a salir destocado y me decía que sí y las bombas sonando alrededor de nosotros. Y en definitiva él salió ganando; hubo que usar el lente que él quiso, pero de todas maneras hubo su controversia en ese momento.” La anécdota la contó Iván Nápoles, camarógrafo del Noticiero ICAIC; el obstinado era otro cubano: Santiago Álvarez.

En muy poco tiempo se convirtió en la personalidad más relevante del cine cubano; sus filmes —desde *Now* a *L. B. J.*, desde *Cerro pelado* a *79 primaveras*, desde los noticieros semanales a *Despegue a las 18*— no sólo han demostrado la versatilidad de un talento excepcional sino la dimensión de un creador, de un creador inserto en la construcción de una nueva sociedad y en el proceso de otras luchas de liberación del Tercer Mundo. Producto de la revolución, Santiago Álvarez no escatima un instante en asegurar una y otra vez esa condición: por eso recalcó en *Viña del Mar* un profundo y seguro “soy antes que nada un agitador político; recién después soy cineasta”, por eso suscribe a Aristóteles: “Yo soy un animal políticón”, por eso aclara que Martí siempre fue un libro seductor, por eso —si quedaran dudas— enfatiza que “yo no dejaré jamás de hacer cine que no tenga un contenido político”.

“Si vivimos en un mundo de constante lucha y pugna, sería ajeno a este mundo el trasladarse a la luna en uno de esos cohetes que se están lanzando últimamente y ponerse a

dar vueltas a la luna sin mirar lo que pasa en la tierra. Yo creo que nosotros los cineastas debemos ser ante todo revolucionarios: a partir de ahí podremos ser seguramente buenos cineastas. Ser revolucionario es tener un concepto de lo que es la política, del pueblo donde uno nace y de los demás pueblos del mundo. Es decir, yo creo que el conocimiento político de la humanidad es imprescindible para hacer el cine que se puede hacer en estos momentos. Cuando yo hablo de cultura política incluyo también una cultura universal, es decir histórica, plástica, estética: mientras más culto se es, y no dejo de incluir dentro de esa cultura lo político, mejor cine se puede hacer. Yo creo que Fidel sería uno de los grandes cineastas del mundo si se dedicara, porque es gran artista, es uno de los más grandes artistas de Cuba. Yo creo que en este mundo que vivimos la ciencia y el arte corren parejos dentro del devenir cultural de los pueblos. No se puede desglosar ciencia y arte, y la política es en resumen arte y ciencia. Por eso Fidel es un gran artista.”

Sólo un proceso como el cubano es capaz de explicar la figura de Álvarez, un expleado administrativo de la televisión que en su madurez accede al cine. Pero accede al cine en un país subdesarrollado bloqueado por el imperialismo, permanentemente amenazado: necesariamente ese cine está determinado por las urgencias de una realidad. “A mí me hizo cineasta la revolución. Gracias a ella es que yo hago cine. Con el noticiero he tenido un gran entrenamiento, entrenamiento que no quisiera abandonar. Creo que jamás me aburriría de trabajar en el noticiero porque con él, día tras día, tengo un contacto permanente, una confrontación diaria con la realidad cubana. El noticiero no me hace perder ningún momento, ningún minuto de lo que acontece en Cuba: desde la noticia menos importante —y en Cuba todas las noticias son importantes— hasta aquellas que tienen una trascendencia histórica nacional o internacional. De ahí que el noticiero me haya valido como una gran escuela de la que constantemente estoy sacando experiencias.”

La revolución cubana ha integrado el cine como una herramienta más para la liberación y la construcción del socialismo. Por eso “hay que hacer el cine urgente. No podemos hacer un cine en que la elaboración sea muy demorada, que desde que la idea surge pasen uno, dos, tres años para poder llevárselo a los pueblos de América Latina. Quiero decir con esto que hay que buscar la manera de que las realidades de nuestros pueblos sean expresadas cinematográficamente con la urgencia que nuestros pueblos exigen”. Pero estar integrado no significa hacer un cine meramente servicial: “Yo no hago cine paternalista en relación

con el público aunque sí me preocupa siempre mi comunicabilidad de expresión, sin menoscabar la forma en que deseo expresar las cosas. Muchas veces busco o salen formas expresivas que aparentemente son difíciles de entender por un determinado público; trato de elaborarlas para que comuniquen algo sin dejar de utilizar esas formas. Yo creo que todo artista revolucionario del Tercer Mundo debe tratar de comunicar lo que quiere decir en la forma más sencilla sin dejar de utilizar cualquier forma o estilo de expresión. Yo creo que hasta el surrealismo puede utilizarse y puede ser comunicativo, y lo es en muchos casos. Yo utilizo surrealismo, expresionismo, naturalismo, todos los ismos que hay en los estilos y hasta ahora nadie se ha quejado de ello. Yo utilizo todas las formas habidas y por haber; no me caso con ninguna. Ahora sí, trato de elaborar estas formas para hacerlas comunicativas”.

A lo largo del reportaje Santiago Álvarez desliza autocalificativos: “meticuloso”, “inquieto”, “absorbente”, “irónico”. Sin embargo, estos no explican nada, a lo sumo confirman alguna expectativa, corroboran rasgos que ya se adivinaban en sus filmes. “Yo creo que todo es seductor en la realización de una película. Me parece que un cineasta debe ser un gran apasionado por su trabajo; entonces tiene que poner y ejercer esa pasión tanto durante la filmación como en el momento en que le surge la idea de un tema determinado, como en el momento de la mezcla del sonido. Yo creo que mi entusiasmo es el mismo en las distintas etapas de la realización, porque estar en el momento de la filmación viendo los acontecimientos tales como van sucediendo, con los ojos, visualmente, directamente, es también alucinante. A mí me gusta mucho la aventura, la aventura en el buen sentido de la palabra. Yo creo que un documentalista es primero que nada un gran aventurero. Si no le gusta la aventura, si no le interesa esto jamás podrá ser un buen documentalista.”

Con un realizador que hace del montaje su rasgo de estilo preponderante, hay que intentarlo: los mecanismos de la creación son a veces indescifrables y entre ellos y su explicación puede mediar un abismo, pero... “el montaje tanto de imagen como de la banda sonora nacen de una necesidad diaria de trabajo; es decir, no hay nada preconcebido. Cuando estoy montando un noticiero o un documental jamás me pongo a pensar en estilos de ningún tipo. Si hay alguna similitud o coincidencia es, como dirían las aclaraciones esas de las películas comerciales: pura casualidad. No hay un deliberado propósito de imitar a nadie, es la necesidad la que me hace buscar nuevas formas expresivas tanto en la banda sonora como en la imagen. Por ejemplo, el noticiero tiene una duración límite de nueve

minutos semanales (aunque algunas veces tiene 18 o 20 minutos): estos nueve minutos me limitan y me impelen a hacer un montaje de síntesis. Los discursos de Fidel, aunque tengan una, dos y hasta tres horas de duración, los tengo que sintetizar en nueve minutos. Entonces, en muchas ocasiones he utilizado letreros, no por una imitación del cine silente ni como un medio expresivo especial, sino porque el letrero me da la posibilidad de sintetizar muchos párrafos largos. Si mi trabajo de montaje (tanto de imagen como de la banda sonora) puede ser calificado como de una gran síntesis, ello es debido a la necesidad que primeramente se origina en el noticiero y en la costumbre de esa necesidad de síntesis, pues lógicamente la reflejo en mis propios documentales”.

“La necesidad me obligó a utilizar fotos fijas. A partir de lo que hice en *Now* es que me di cuenta que la foto fija puede ser animada espléndidamente, funcionalmente, en una mesa de animación y tener el mismo impacto o el mismo propósito que una secuencia filmada en vivo.” Cuando se le insiste sobre el punto agrega: “Yo no sé teorizar sobre lo que hago porque no me he puesto nunca a pensar si del trabajo que realizo resultan formas estéticas o expresivas determinadas. Si hay alguna fórmula en el montaje no la he buscado”. Mucho más contundente resulta cuando habla de sus colaboradores, de las continuas discusiones colectivas, de su asistencia a todas las etapas de la realización. “La mejor manera de trabajar en equipo es tener una comprensión del trabajo que se va a realizar, no tener reservas de tipo personal entre cada uno y ser sincero y cuando hay que decirle mierda a algo, decírselo, y cuando hay que decirle que es genial, decírselo también.” Ya hace un par de años Jonris Ivens calificó a Santiago Álvarez como uno de los mejores documentalistas contemporáneos. Sabía lo que profetizaba.

Viña del Mar, 12 de diciembre de 1969